

Las formas

Daniel Dannery Forero

LAS FORMAS DEL FUEGO

DRAMATURGIA




MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA





LAS FORMAS DEL FUEGO

Las formas

Drama en una escena

DANIEL DANNERY FORERO

Las formas
Drama en una escena

PREMIO DEL CONCURSO PARA AUTORES INÉDITOS
MENCIÓN DRAMATURGIA, 2024



1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2025

Las formas

© Daniel Dannery Forero

MONTAJE DE PORTADA

Greicy Letelier

FOTOGRAFÍA

Arturo Moreno

DISEÑO, DIAGRAMACIÓN Y CONCEPTO GRÁFICO

Sonia Velásquez

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C. A., 2025

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio,

Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 485.04.44

www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal N° DC2025000742

ISBN 978-980-01-2549-6

Ministerio del Poder Popular para la Cultura
Monte Ávila Editores Latinoamericana, C. A.
Concurso para Autores Inéditos 2024

VEREDICTO

Quienes aquí suscribimos, Blanca Sánchez, Lolimar Suárez y Omar Vásquez, constituidos como miembros del jurado del **Concurso para Autores Inéditos de Monte Ávila Editores Latinoamericana 2024, mención dramaturgia**, reunidos con el objeto de deliberar sobre los ganadores de esta edición, hemos acordado lo siguiente:

Luego de revisar exhaustivamente cada uno de los manuscritos y después de intensas y enriquecedoras discusiones que se llevaron a cabo, acordamos por unanimidad, conceder el premio único a la obra ***Las formas***, firmada con el pseudónimo **Armando Revirón**, a partir de la valoración de la calidad literaria y agilidad dramática de sus diálogos, la construcción de personajes bien perfilados, la presentación de un conflicto dramático, y la definición con claridad del espacio y el tiempo de su entramado.

Una vez abierta la plica correspondiente, su autor resultó ser **Daniel Dannery Forero**.

Firmado en Caracas, a los 2 días del mes de abril de 2025.

la carne que todavía respira
llena de sangre es el alimento
de estas formas perfectas

TADEUSZ RÓŻEWICZ,
«Formas»

Dramatis personae

Pedro (52 años)

Diana (34 años)

Escena única

Salón de clases de un colegio privado. Los pupitres debidamente alineados. Una hilera de ventanas al fondo presume las primeras horas del día. La puerta que da entrada al salón, al fondo del lateral izquierdo, debe tener una pequeña ventanilla por donde «se pueda ver al exterior». Tres lámparas de luz halógena penden y apoyan el juego de iluminación.

PEDRO, *sentado sobre uno de los pupitres de la primera hilera, habla por el celular, viste con elegancia empresarial.*

PEDRO. No... Sí, posiblemente, apenas salga de aquí; la profesora mandó una nota... primero tengo que leer los documentos... ¿A qué hora? No lo sé, no necesito que me amargues la mañana, espera un par de horas... Tú estás allá, yo estoy acá, ¿qué diferencia hacen dos horas?

(Pausa.) Nuestro hijo, nuestro... (El himno a coro se escucha a lo lejos.) Mira, siempre que hablo contigo se me despierta el arraigo nacional, déjame cumplir este compromiso patrio y hablamos luego. (Cuelga.) ¡Coño!

Pausa. Durante unos segundos guarda silencio, revisa el celular. Se sigue escuchando el coro, lo advierte una vez más; antes de que suenen las notas finales, entra al salón DIANA, un poco agitada.

DIANA. ¿Aquí es la reunión?

PEDRO. Al parecer.

DIANA. Pensé que había llegado tarde.

PEDRO. Pues no.

DIANA. ¿Y no viene más nadie?

PEDRO. No lo sé.

Pausa. DIANA busca un lugar donde sentarse.

DIANA. Son grandes los salones.

PEDRO. Pues sí.

DIANA toma asiento.

DIANA. ¿Y seremos los únicos?

PEDRO. ¿Qué?

DIANA. De la reunión.

PEDRO. Puede ser, no lo sé.

DIANA. Ya nadie es puntual.

PEDRO. A lo mejor andan cantando el himno...

DIANA. A lo mejor. (*Pausa.*) ¿Eso del himno...?

PEDRO. ¿Nos habremos equivocado de salón?

DIANA. ¿Por qué lo dice?

PEDRO. No, por nada.

DIANA. Bueno, es mejor esperar.

PEDRO. Sí.

Silencio.

DIANA. ¿No le preocupa?

PEDRO. ¿Qué cosa?

DIANA. Que nuestros hijos hayan hecho algo...

PEDRO. Me parece que por eso estamos aquí.

DIANA. ¿Y no le preocupa?

PEDRO. Yo también fui joven... así que...

DIANA. Han hecho algo muy bien y nos quieren dar la sorpresa. (*Ríe.*)

PEDRO. Cuando son buenas noticias, por lo general, el que va a darlas siempre llega de primero... y cuando son malas... pues simplemente se espera a que los demás lleguen antes...

DIANA. ¿Cómo sabe eso?

PEDRO. Vivo de las malas noticias.

DIANA. ¿Así que por eso llega siempre después que los demás?

PEDRO. Siempre llego antes... por otras razones, generalmente.

DIANA. ¡Ah!

Silencio.

DIANA. Hablar de nuestros hijos y de nosotros es prácticamente lo mismo, ¿no cree?

PEDRO. Si usted lo dice...

Silencio.

ALTAVOZ. Todos los alumnos dirigirse a sus salones, atención, todos los alumnos, por favor, dirigirse a sus salones, mantener la fila y no perder de vista a su compañero de enfrente.

DIANA. Ya debe venir.

PEDRO. Eso parece.

DIANA. ¿De verdad seremos los únicos?

PEDRO. ¿Cómo se llama su hijo?

DIANA. Hija.

PEDRO. ¡Ah!

DIANA. Patricia.

PEDRO. No me suena.

DIANA. ¿Disculpe?

PEDRO. Que nunca he escuchado a mi hijo hablar de ninguna Patricia.

DIANA. Estoy un poco nerviosa, ¿sabe?...

PEDRO. ¿Por qué?

DIANA. (*Ríe.*) No sé. Estas situaciones me ponen nerviosa.

PEDRO. No se amargue, debe ser una tontería... pasa ahora...
todo ese tema del *bullying*, ahora se le da demasiada
importancia... Antes se suponía que forjaba el carácter,
ahora parece que lo deforma.

DIANA. ¿Bulin?

PEDRO. ¿Qué?

DIANA. ¿Qué es eso?

PEDRO. ¿Cómo qué?

DIANA. Bueno, no sé... A mí lo que me pone nerviosa es
lidiar con la espera, creo que lo heredé de mi madre.
Mi madre era una mujer muy nerviosa...

PEDRO. Bueno, respire profundo. Ayuda respirar...

DIANA. (*Para sí.*) Pareciera que solo se heredaran las cosas
malas.

PEDRO. ¿Cómo?

DIANA. Estaba pensando en voz alta.

PEDRO. Igual no sabemos si es algo malo. A lo mejor nos van
a felicitar por buenos padres... ¿Qué le parece?

DIANA. Tiene razón, no sabemos nada... (*Breve pausa.*) ¿Será
mejor hablar con la directora del colegio?

PEDRO. ¿Para qué?

DIANA. ¿Nos habremos confundido? A lo mejor la reunión
era en Dirección.

PEDRO. No, en la nota dice que es aquí en el salón.

DIANA. Si nuestros hijos han hecho algo malo uno habla con el director del colegio, no con el profesor.

PEDRO. Quizás la profesora nos esté haciendo un favor.

DIANA. ¿Favor?

PEDRO. En vez de comunicarlo a la directiva, ha preferido hacerlo en privado.

DIANA. (*Ríe.*) Eso suena tétrico... Disculpe, no me río de usted.

Silencio.

DIANA. Ya los niños deben estar en los salones.

PEDRO. Pues en este no veo a ninguno.

DIANA. Ahora es usted el que está nervioso.

PEDRO. ¿Cómo?

DIANA. Por la espera...

PEDRO. No, yo no estoy nervioso...

DIANA. Entonces...

PEDRO. ¿Sí?

DIANA. Olvídelo.

PEDRO. ¿Qué iba a decir?

DIANA. Que quizás se complicó.

PEDRO. (*Ríe.*) Yo tengo una vida complicada.

DIANA. Todos.

PEDRO. Sí, todos tenemos vidas complicadas... por estos tiempos, todos...

DIANA. Algo le pasa, lo sabía.

PEDRO. Sí, lo que pasa es que no pasa nada.

Silencio. DIANA se acerca a la ventana de la puerta.

DIANA. Viene.

PEDRO. Al fin.

DIANA. Se acerca una mujer...

PEDRO. ¿Y?

DIANA. Puede que sea ella.

PEDRO. ¿Es o no es?

DIANA. No lo sé, nunca la he visto.

PEDRO. ¡Ah!

DIANA. ¿Usted sí la conoce?

PEDRO. No, tampoco.

DIANA. Entonces estamos igual.

Silencio.

DIANA. Uno debería conocer a los profesores de sus hijos,
¿verdad?

PEDRO. Coño...

DIANA. ¿Sí?

PEDRO. No sé si lo pregunta en forma de reproche o por
cultura general...

DIANA. ¿En reproche?

PEDRO. Es como estar en un juzgado.

DIANA. Pensé qué...

PEDRO. Ya debería haber entrado.

DIANA. ¿Qué?

PEDRO. La profesora.

DIANA. (*Yendo hacia la puerta.*) Tiene razón.

PEDRO. No era ella.

DIANA. No.

PEDRO. (*Viendo su reloj.*) Mejor me voy.

DIANA. ¿Y la profesora?

PEDRO. Dígale que la próxima vez me llame, con gusto le atenderé.

PEDRO se levanta del pupitre y camina hacia la puerta.

DIANA camina a su encuentro, quedan frente a frente.

DIANA. Bueno...

PEDRO. Ha sido un placer...

DIANA. Diana.

PEDRO. Diana... un placer.

Suena el teléfono de PEDRO. Se detiene antes de abrir la puerta.

PEDRO. (*Al teléfono.*) ¿Sí?... No, mandé un mensaje diciendo que llegaría tarde... Una reunión en el colegio de mi hijo... No, pues no es mi culpa, dile que espere y si no quiere esperar que me llame... La casa no se va a mover de ahí... Bueno, que se busque otro abogado, mejor precio no va a conseguir, que no sea güebón... que espere. (*Breve pausa.*) Hoy es un buen día para esperar... ¿Ah? ¿Volvió a llamar? No, no, ya yo hablé con ella...

Hazme un favor, sobre el escritorio están los papeles, tómale una foto y mándamela... ¿Qué? Coño, no es tan difícil, el que dice divorcio... Sí, ese... Te llamo en una hora. (*Cuelga.*)

PEDRO *se sienta. Revisa el celular.*

DIANA *lo observa en silencio. Luego de una pausa.*

DIANA. ¿No se va?

PEDRO. ¿Para qué?

DIANA. No sé, hace unos segundos dijo que estaba cansado de esperar, que era mejor recibir una llamada, ahora recibe una llamada y se queda.

PEDRO. Hace unos segundos tenía cosas más importantes que hacer. Prefiero esperar... ¿le molesta?

DIANA. No, para nada.

PEDRO *se sienta, revisa el celular. Silencio.*

DIANA. Ahora eres el que deja esperando.

PEDRO. Yo espero, ellos esperan, todos esperamos... ¡Ah!, y en las colas... mientras se espera, así se nos va la vida... esperando... ¿Qué es una espera más?

DIANA. Gracioso.

PEDRO. ¿Qué?

DIANA. Bueno, dejar esperando a alguien mientras lo dejan esperando a uno.

PEDRO. Casi como un trabalenguas, siento que he vuelto al colegio.

DIANA. Estamos en uno.

PEDRO. ¡Muy perspicaz! (*Revisa el celular.*)

Silencio.

DIANA. ¿Se está divorciando?

PEDRO. ¿Qué?

DIANA. No me quiero meter en sus asuntos.

PEDRO. ¿De verdad?

DIANA. De algo hay que hablar mientras se espera, ¿no?

PEDRO. ¿Y por qué tiene que ser de mí?

DIANA. Si quiere hablamos de mí.

PEDRO. O no hablamos.

Silencio.

DIANA. ¿Siempre es así de radical?

PEDRO. ¿Sabes, Diana? Tienes razón...

DIANA. ¿Que es un radical?

PEDRO. No. Pero ya que tienes tantas ganas de hablar... y la profesora nada que llega, cuénteme algo.

DIANA. Estaba empezando a creer que te caía mal.

PEDRO. No, para nada... me cae muy bien.

DIANA. ¿Estás siendo sarcástico?

PEDRO. No, soy bastante sincero.

DIANA. No pareciera.

PEDRO. Son los tonos que se aprenden con el trabajo.

DIANA. Debe ser un trabajo bien difícil, si tiene que hablarle mal a todo el mundo.

PEDRO. Yo no te hablé mal.

DIANA. Si usted lo dice.

PEDRO. Perdón. Mi psicólogo dice que es un arma de defensa.

DIANA. No se debería hacerles tanto caso a los psicólogos.

PEDRO. Eso es lo que dice mi psicólogo. Tú me lo recuerdas, ¿sabes?

DIANA. Es gracioso.

PEDRO. Me lo han dicho.

DIANA. ¿Y entonces?

PEDRO. ¿Sí?

DIANA. ¿Te estás divorciando?

PEDRO. ... Y persistente.

DIANA. Lo siento, no me hagas caso. Hablo sin pensar... no hay problema...

Silencio.

PEDRO. Yo creo que siempre estuve divorciado.

DIANA. ¿Un amante?

PEDRO. ¡Coño!

DIANA. Muy directa, ¿verdad?

PEDRO. No pierdes tiempo...

DIANA. Hay que ganar tiempo de alguna forma mientras se espera...

PEDRO. Tienes más interés en saber de mi vida que mi psicólogo, seguro que hasta cobras más barato.

DIANA. (*Ríe.*) No, no cobro... tampoco soy psicóloga... Siempre me ha gustado ayudar a los demás.

PEDRO. ¿Aunque no se lo pidan? (*Breve pausa.*) Lo siento... Ayudar a los demás está bien... ¿Es algo que heredó de su madre? Hablabas de herencias hace poco... los nervios... las ganas de hablar...

DIANA. De verdad que no sé si hablas en serio o es puro sarcasmo...

PEDRO. Ya te dije...

DIANA. El trabajo.

PEDRO. El tono...

DIANA. Un arma de defensa...

PEDRO. Sí.

DIANA. Pero no estás en el trabajo.

PEDRO. Bueno...

DIANA. Aunque dicen que ser padre es un trabajo a tiempo completo.

PEDRO. Y ahora eres tú la que se divierte.

DIANA. Mi mamá siempre lo dice, en la vida hay que divertirse...

PEDRO. ¿Muy unidas usted y su mamá?

DIANA. Pensé que ya habíamos roto esa barrera. (*Breve pausa.*)

Muy unidas, sí... Buscamos la forma de ayudarnos...

¿Para qué está la familia?

PEDRO. A veces nada más que para joder...

DIANA. No hablas en serio.

PEDRO. A veces la familia jode más de lo que ayuda.

DIANA. La familia, hasta jodiendo, siempre ayuda...

PEDRO. Es verdad.

DIANA. No todo es tan blanco y negro.

PEDRO. Nunca dije lo contrario.

DIANA. Pero lo asomabas.

PEDRO. ¿Y qué piensas cuándo alguien que no pertenece a una familia la destroza? Soy abogado, he visto casos.

DIANA. Bueno, no sé... yo no soy...

PEDRO. ¡Ah!... ya no me veo tan radical...

Silencio.

DIANA. Es posible, si se permite que se destroce, ¿no?

PEDRO. (*Ríe.*) Eres buena persona... un poco incrédula, pero buena.

DIANA. Y tu hijo, ¿cómo lo tomó?

PEDRO. ¿Qué?

DIANA. Lo del divorcio.

PEDRO. ¿Y eso por qué es importante?

DIANA. Bueno, los hijos son los que más sufren en ese tipo de situaciones.

PEDRO. Puede ser.

DIANA. Eres abogado, debes haber visto casos...

PEDRO. No recuerdo ninguno. (*Revisa el teléfono.*)

Silencio.

DIANA. Seguro no lo ha tomado tan mal.

PEDRO. No ha dicho nada.

DIANA. Claro, es un adolescente, ¿qué va a decir?

PEDRO. «¿Y por qué no me compras ese teléfono?».

DIANA. Ahora todo el mundo tiene obsesión por los teléfonos.

PEDRO. Lo sabes todo, ¿no?

DIANA. ¿Te puse nervioso?

PEDRO. ¿Me veo nervioso?

DIANA. A la defensiva.

PEDRO. ¿Cómo caímos en algo tan personal? Eres una persona
peligrosa...

DIANA. ¿Peligrosa?

PEDRO. No de forma literal.

DIANA. ¿De qué forma?

PEDRO. Igual es muy difícil intentar saberlo todo...

DIANA. No, no lo sé todo. ¿Sonó así? Ya dije que se me pegan
las cosas malas, (*Ríe.*) solo pienso que quizás, hoy en
día, con todo esto del internet y las cosas que pasan...
los divorcios son lo de menos para un adolescente...

PEDRO. Sí, puede ser... Lo ha tomado mejor que yo... pareciera
que nada le importara.

DIANA. Seguro que sí le importa, pero no lo deja ver... Es un adoles...

PEDRO. ... cente... Ya lo dijiste.

DIANA. Entonces, ya sabes...

PEDRO. ¿Qué cosa?

DIANA. Bueno, cuando se es muchacho, es difícil explicar las emociones... más que...

PEDRO. ¿Y quién te ha dicho que yo me siento mal?

DIANA. Nadie.

PEDRO. ¿Entonces?

DIANA. No, una suposición.

PEDRO. Supones mal.

DIANA. Cuando somos más jóvenes es más fácil relacionarse.

PEDRO. ¿Sí?

DIANA. El mundo no existe y creemos que somos únicos, que no nos importa nada ni nadie...

PEDRO. Tal vez.

DIANA. Sabemos que podemos ser crueles y que nada nos pasará.

PEDRO. ¿Y eso a qué viene?

DIANA. (*Ríe.*) Bueno, digo... cuando tenía quince años y me crecieron las tetas, me sentía única, no me importaba nadie más, salvo mis tetas. (*Ríe.*)

Pausa. DIANA camina hacia la puerta, mira por la ventanilla. Suena el teléfono de PEDRO, intenta contestar, pero la llamada se cae. Silencio.

PEDRO. (*Con el teléfono en la mano.*) Se cayó, esperaré a que vuelvan a llamar. ¿Pasa algo?

DIANA. ¿Por qué?

PEDRO. Te has puesto seria de repente.

DIANA. Recordé que esperábamos. Esa profesora se está burlando. ¿Cuánto ha pasado? ¿Veinte minutos?

PEDRO. Más o menos. Yo debería irme.

DIANA. ¿Por qué no ha venido nadie a avisarnos?

PEDRO. En este salón no pasa ni el aire.

DIANA. ¿Y si preguntamos?

PEDRO. ¿A quién?

DIANA. A lo mejor otro profesor la ha visto, o avisó que llegaría tarde...

PEDRO. Bueno... (*Ve su reloj.*) Puedo esperar diez minutos más.

DIANA. Voy a ver.

PEDRO. Bueno. (*Revisa su celular.*)

DIANA *camina hacia la puerta, se detiene unos segundos.*

Cierra la puerta con llave.

PEDRO. ¿Pasa algo?

DIANA *se da media vuelta.*

DIANA. No.

PEDRO. ¿Cerraste la puerta?

DIANA. (*Alejándose de la puerta.*) Te voy a contar una historia.

PEDRO. ¿Cómo?

DIANA. Cuando te dije que mi madre era una mujer nerviosa y que uno hereda lo peor de quienes lo crían, había algo de verdad en eso.

PEDRO. ¿Qué?

DIANA. Estoy complementa segura de que lo peor que somos es una herencia de aprendizaje.

PEDRO. ¿Estás jugando a dar clases?... Claro, como la profesora no llega...

DIANA. Eres gracioso.

PEDRO. ¿Te pasa algo?

DIANA. ¿Una persona puede ser violenta sin haber visto violencia? Tú eres abogado, ¿no?, debes saberlo mejor que yo. ¿Cuánta gente violenta has conocido?

PEDRO. ¿Me lo preguntas de verdad?

DIANA. A parte de ti, claro.

PEDRO. ¿Qué?

DIANA. ¿Te ofendí?

PEDRO. ¿Qué te pasa?

DIANA. Tú eres el que dice que trata mal a las personas porque en su trabajo se trata mal a las personas.

PEDRO. Me tengo que ir.

DIANA. Pienso que se puede aprender a ser violento... o nacer así...

PEDRO. Cuidado.

DIANA. ¿Ves?

PEDRO *va hacia la puerta, pero esta no abre.*

PEDRO. ¿Qué pasa aquí?... ¿Cerraste la puerta?...

DIANA. Tu hijo.

PEDRO. ¿Mi hijo? ¿Qué pasa con mi hijo?

DIANA. Es mejor que te sientes.

PEDRO. ¿Qué es toda esta mierda? ¿De qué estás hablando?

DIANA. (*Mientras saca un arma de la cartera.*) No te me acerques.

PEDRO. Pero ¿qué mierda...?

DIANA. Siéntate... y dame el celular.

PEDRO. ¿Y si no me da la gana?

DIANA. Tú decides.

PEDRO. No juegas al psicólogo... necesitas uno... (*Pausa breve.*)

DIANA. El celular.

PEDRO. No te voy a dar nada.

PEDRO *va hacia la puerta, comienza a golpearla.*

*Rápidamente, DIANA corre y le da un golpe en la cabeza;
el celular cae al piso, lo agarra.*

PEDRO. ¿Pero qué mierda? ¿Te volviste loca? ¿Tú sabes con quién te estás metiendo?... Abre la puerta... ¿Mi celular? Dame...

DIANA. Si no quieres que te meta un tiro es mejor que te quedes ahí.

PEDRO *duda. Silencio.*

PEDRO. Tu hijo... tu hijo le hizo algo al mío... El pobre desgraciado debe estar tan demente como tú... ¿Qué le hizo, ah?

DIANA. Yo no tengo ningún hijo.

PEDRO. ¿Ah?

DIANA. Si una persona se comporta de una manera es porque aprendió de otras a hacer lo mismo.

PEDRO. ¿¡Vas a seguir con toda esa mierda!?

DIANA. Pero las formas con las que fuimos moldeados pueden romperse, podemos ser mejores o peores...

PEDRO. Tú no estás bien... Suelta esa arma... Abre la puerta.

DIANA. ¿Santiago alguna vez te pidió ayuda?

PEDRO. ¿Qué dijiste?

Silencio.

PEDRO. ¿Qué le hiciste a mi hijo?

DIANA. Se trata de lo que él me hizo a mí.

PEDRO. ¿Qué te pudo haber hecho él a ti? ¿Por qué mierda sabes su nombre? ¿De qué coño estás hablando?

DIANA. Es extraño, ¿no? A veces las pequeñas cosas que se nos escapan pueden cambiarte la vida.

PEDRO. Vas a ir presa...

DIANA. Si un padre no conoce el colegio de su hijo, mucho menos puede saber con quién se relaciona.

PEDRO. ¿Qué?

DIANA. Si alguien te necesita lo dejas esperando porque crees tener ese poder, porque seguramente te enseñaron que los demás valían mierda y eso mismo es lo que le has enseñado a Santiago.

PEDRO. Habla como una maldita persona normal... ¿Qué coño quieres?

Silencio.

PEDRO. ¡Responde!

DIANA. Te imaginé distinto.

PEDRO. ¿Qué?

DIANA. Pensé que eras más inteligente, pero parece que me equivoqué. No entiendes o quizás no te interese entender, te haces el idiota.

PEDRO. No me conoces, no sabes nada de mí, yo no te conozco, no sé nada de ti... ¿Qué coño quieres que te diga?

DIANA. Tienes que aprender a escuchar.

PEDRO. ¿Por qué está cerrada la puerta?

DIANA. Porque yo la cerré...

PEDRO. No es lo que pregunté.

DIANA. ¿Te quieres sentar?

PEDRO. No soy tu mascota. Abre la maldita puerta.

DIANA. Corrí la llave y la eché por debajo... Esa puerta no se abrirá hasta que llegue la persona de mantenimiento.

PEDRO. ¿Cómo?

DIANA. Esto será mucho más rápido si te sientas y escuchas.

PEDRO *se arrodilla y mira por debajo de la hendidura,*
intentando hallar la llave con la mirada.

PEDRO. (*Rendido.*) Parece que ya no es necesario seguir esperando a la profesora.

Silencio. PEDRO *se sienta.*

PEDRO. No sabes lo que estás haciendo... No, no, no, no tienes idea de lo que acabas de hacer, te estás pagando un pasaje a la cárcel y no sabes todo lo que puedo hacer para que pases el resto de tu vida ahí encerrada. (*Pausa.*) Ahora, si me has entendido, vas a abrir esa puerta y me vas a dejar salir de aquí.

DIANA. Esto no es un callejón donde puedas venir a amenazarme. La puerta está cerrada, la llave está del otro lado y la única manera de abrirla será cuando el personal de mantenimiento venga dentro de una hora a limpiar este salón. Lo único que te pido, mientras el tiempo pasa, es que me escuches.

PEDRO. Guarda esa arma.

DIANA. Solo si te quedas ahí sentado.

PEDRO. Guarda el arma.

DIANA. Y aún no he llegado a la parte que te interesa.

PEDRO. No hay nada que digas que pueda interesarme, de ninguna manera y menos en estas condiciones; si querías hablar de algo, podrías haberte evitado toda esta situación absurda. Me llamabas, nos tomábamos un café y resolvías lo que sea que tuvieses que resolver conmigo... pero eso ya no pasará.

DIANA. No es tan sencillo.

PEDRO. Créeme que sí. Hay maneras de resolver las cosas.

DIANA. Tú sabes mucho de eso, ¿no?

PEDRO. Esto es ridículo.

DIANA. Al fin estamos de acuerdo en algo.

PEDRO. Imagino cuál puede ser el problema con mi hijo... Si tratas así a tus alumnos, puedo entender que cualquiera puede tener problemas contigo.

DIANA. ¿Tú crees?

PEDRO. La profesora sigue haciendo preguntas.

DIANA. Es la única manera de llegar a las respuestas.

PEDRO. No veo cómo teniendo estos métodos puedes seguir dando clases.

DIANA. ¿Métodos?

PEDRO. ... Trabajo fuertemente para pagar la mensualidad de este colegio, no será el mejor, pero ¿qué lo es? Y siendo así, lo que esperaría es que mi hijo obtuviese la educación por la que estoy pagando, con la gente capacitada para eso... y tú no te ves muy capacitada que digamos.

DIANA. ¿Y en qué me he podido equivocar yo?

PEDRO. ¿Quieres los detalles?

DIANA. Te equivocas.

PEDRO. Por lo visto, soy el único. Me insultas, me apuntas con un arma, yo soy el malo.

DIANA. ¿Y la víctima?

PEDRO. Si yo no lo soy, no sé quién.

DIANA. Lo único que te pido es que escuches... ¿Qué tan difícil puede ser?

PEDRO. Bastante, cuando se tiene un arma apuntándote. Pero no hay otras opciones, ¿no? Porque, déjeme preguntarle algo, profesora, ¿las hay?

DIANA guarda el arma. Se mantiene a distancia.

DIANA. No puede haberlas.

PEDRO. Finalmente nos sinceramos. Tú reconoces ser una psicópata... Aclarado eso, escucho todo lo que quieras.

DIANA. Tendrás el derecho de juzgar.

PEDRO. (*Ríe.*) Eso creo que ya no hace falta.

DIANA. ¿Sin haber escuchado?

PEDRO. ¿Volvemos a lo mismo?

DIANA. Es diferente.

PEDRO. ¿Qué?

DIANA. Las formas de las cuales estamos hechos.

PEDRO. Volvemos a lo mismo.

DIANA. Es necesario.

PEDRO. Para ti...

DIANA. No, para todos...

PEDRO. ¡Otra vez!

DIANA. Ese es el problema, pero tú eres ciego. Santiago deja de hablarte...

PEDRO. Deja de hablar de mi hijo como si lo conocieras mejor que yo.

DIANA. Es que, a lo mejor, lo conozco mejor que tú... Santiago deja de mirarte... Pedro.

PEDRO. Tú no sabes nada de mí ni de mi hijo...

DIANA. Sé que Santiago ha dejado de mirar todo, sé que Santiago busca excusas para hablar y mirar a los demás de otras formas, de otras maneras, que no son las que deben ser.

PEDRO. Es fácil hablar de los demás sin conocerlos.

DIANA. Primero tienes que escuchar para entender cómo es posible.

PEDRO. Si eso va a hacer que abras la puerta y me pueda ir de aquí de una vez, di lo que te dé la gana.

Silencio.

DIANA. Veo a Santiago nueve horas a la semana, tres días por semana... Ese tiempo con Santiago es el mismo que he invertido durante dos años en este salón de clases para con todos mis alumnos; quizás dos años con Santiago y el resto de los alumnos, pero estoy trabajando desde que me gradué, así que puede adivinar que no son solamente dos años dando clases, se trata de más, mucho

más tiempo y he aprendido a reconocer cuándo algo está mal en un alumno.

PEDRO. ¿Es una historia donde vienes a decirme todo lo que está mal con mi hijo?

DIANA. Seguramente se trata más de ti que de él.

PEDRO. Ya.

DIANA. En eso dos años, durante ese tiempo, sentado en ese pupitre, (*Señala el último pupitre de la fila del medio y se dirige hacia él.*) he visto cómo su mirada se ha ido apagando. ¿Conoces esa mirada? ¿No? ¿Él habla contigo de todas esas cosas que un adolescente debe hablar?... Tú lo conoces tanto, que debes saber cada cosa de él.

PEDRO. ¿Y tú sí lo sabes?

DIANA. Incluso, debes conocer su sonrisa, una que ha desaparecido de la misma forma en que su mirada también cambió... ¿Esa mirada también la conoces? (*Silencio.*) Quizás él ha buscado mirarte y eres tú el que nunca le ha devuelto la mirada.

PEDRO. ¡Cállate!

DIANA. Es demasiado para un joven de quince años, que apenas comienza a vivir, sentirse así de solo, así como te sientes tú ahora...

PEDRO. No sabes nada de mí...

DIANA. ... Pero tienes la fuerza para luchar con esa soledad, porque el tiempo te ha enseñado que hagas lo que hagas siempre hay una manera de llenar un vacío; tu esposa se consiguió un amante, tú te conseguirás otra mujer

y con eso será sencillo empezar a olvidar que antes tuviste una esposa, una familia... y podrás seguir firmando documentos, hacer chistes sobre tus clientes y seguir pagando la educación de Santiago, sin saber ¿dónde estudia?, ¿con quién lo hace?, ¿y qué es realmente lo que lo motiva? Podrías tener otro hijo y olvidar que Santiago alguna vez existió, porque para ti Santiago nunca ha existido.

PEDRO. Conozco perfectamente a las personas como tú, están lo suficientemente aburridas como para meterse en la vida de los demás. Y ahora quieres apropiarte de mi vida, hablando de mi hijo como si fuese tuyo. ¿Qué puedes saber de nada?

DIANA. Sé que Santiago ha olvidado que el mundo es un lugar donde todos tenemos un propósito.

PEDRO. Que tú pienses que eso es así no tiene por qué ser verdad...

DIANA. ¿Sí?

PEDRO. No tienes la verdad de nada, y si la tuvieses, la manera como intentas hacerla ver tampoco es la indicada, eres una idiota... una profesora idiota...

DIANA. Es posible... pero a lo mejor eso me hace ser un poco más humana que tú, un poco más estúpida... No veo cuál es el problema de eso...

PEDRO. Un poco más idiota...

DIANA. Un poco más idiota, sí... una idiota que siente lástima.

PEDRO. La misma que debo sentir, según tú...

DIANA. La misma que siento yo cuando veo a Santiago preso en su pupitre, presa de sí mismo, atrapado en un vacío que es imposible de describir. ¿También eso te parece idiota?, ¿ese vacío? (*Breve pausa.*) ¿No ves ese vacío en ti también?

Silencio.

DIANA. Me contagié, ¿sabes?

PEDRO. Contagiado me siento yo...

DIANA. Eso está bien...

PEDRO. No seas ingenua...

DIANA. Búrlate... pero fue progresivo; mientras Santiago más se perdía en ese mundo, yo más intentaba traerlo de regreso, pero él me hundió, me arrastró, porque quienes miran el mundo sin propósito no tienen miedo de morir, ni mucho menos de arrastrar a quien sea con ellos... Pero todo tiene un inicio, todo nace, todo tiene una razón, un por qué... ¿Cómo pudo él llegar a mirar de esa manera? ¿Te das cuenta?

PEDRO. Mi hijo no es ningún loco.

DIANA. Es peor que eso.

PEDRO. ¿Peor?

DIANA. La mirada apagada.

PEDRO. ¿Qué?

DIANA. Y un punto de luz que se convierte en una obsesión...

PEDRO. ¿Obsesión de qué?

DIANA. ... Santiago se obsesionó, como se obsesionan los insectos y chocó una y otra vez contra ella, hasta romper el foco o romperse así mismo, hasta acabar conmigo.

PEDRO. ¿Contigo?

DIANA. Yo intenté ayudarlo.

PEDRO. Tú no estás bien.

DIANA. Y él me respondió.

PEDRO. ¿Y qué esperabas?

DIANA. Mi trabajo es educar... mi trabajo es guiar...

PEDRO. Pero no la vida de los demás...

DIANA. ¿No? ¿De qué se trata entonces?

PEDRO. Estoy cansado de escucharte... ¿Cuáles son los hechos? ¿De qué estás acusando a mi hijo? ¿De qué crees que tengo la culpa? ¿Qué te hizo Santiago? ¿Te robó? ¿Es eso? ¿Qué quieres?, ¿que te devuelva la plata que te quitó? Te hago una transferencia y se acabó este circo.

DIANA. La dignidad... ¿Puedes devolverme eso?

PEDRO. ¿Te insultó? ¿Es eso?

DIANA. No.

PEDRO. ¿No? ¡Habla de una vez!

DIANA. El tiempo no es aliado de nada... Pensé que podía recuperarme, que podía olvidar, que todo sería más sencillo, pero a veces queda un vacío en el estómago que no puede llenarse con nada, por más que uno lo intente, es inútil.

PEDRO. ¡Dilo! ¡Dilo de una vez!

PEDRO *se acerca rápidamente a donde DIANA, esta va al arma;*

PEDRO *se frena, golpea la puerta del salón. Largo silencio.*

DIANA *recorre el salón y se detiene frente a una de las ventanas del fondo, da la espalda, perdida, con la cartera en la mano.*

DIANA. Una tarde después de salir de clases, le pedí a Santiago que se quedara a hablar conmigo diez minutos. Santiago nunca fue un buen estudiante, digamos que nunca fue un estudiante genial, pero aun así era capaz de defender su punto de vista, eso lo hace un luchador, ¿sabes?, lo hace un ser único. En la última asignación, simplemente entregó la hoja en blanco, como si nada le importara y yo necesitaba saberlo.

PEDRO. ¿Hace cuánto?

DIANA. Tres meses.

PEDRO. ¿Tres meses?

DIANA. Le pregunté qué le pasaba, si todo iba bien en casa... él no respondía, no hay nada más frustrante cuando uno espera una respuesta que nunca llega. Insistí y Santiago se me quedó viendo fijamente... (*Voltea a ver a Pedro.*) así, de la misma forma como me miras ahora, heredó tu mirada o quizás la aprendió...

PEDRO. ¡Basta!... termina.

DIANA. No sé qué pasó, pero fue un segundo largo, eterno, de esos segundos que se aletargan. No tuve tiempo de pestañear, me abofeteó, fue tan fuerte que me quedé helada, no lo vi venir, prácticamente no lo sentí, no me dolió,

me desubicó, no entendí. ¿Por qué me pegaría? ¿Por qué lo haría?

PEDRO. Estás mintiendo.

DIANA. Él sabía que no podía terminar ahí o a lo mejor era yo quién tenía esa certeza. Que apenas había iniciado algo con lo que seguramente fantaseó durante semanas, sentado en ese pupitre, mientras me veía hablando de cualquier libro.

PEDRO. ¿Que soñaba con pegarte?

DIANA. Hay cosas que se escapan de la imaginación y resultan mucho más asombrosas, normalmente es así, y en un país como este... Lo debes saber muy bien... eres abogado, ¿no? ¿De qué clase? ¿Solo firmas de actas, divorcios e inquilinatos?

PEDRO. Qué importa.

DIANA. Hay personas a quienes les enseñan a torcerse y aquí mi deber es enderezarlas, lidiar con esa otra educación... ¡Tú también eres profesor!

PEDRO. No es de lo que estamos hablando...

DIANA. No... es que aún no sé cómo decirlo.

PEDRO. No tienes nada que decir... Estás jugando conmigo.

DIANA. Se abalanzó sobre mí, no me dio tiempo de gritar, inmediatamente, me puso la mano en la boca.

PEDRO. Es un invento.

DIANA. Cuando ahora lo cuento, es como una de esas historias que estudiamos en clases. Es estúpido, porque,

¿dónde pudo haber aprendido un muchacho de quince años a hacer callar a una mujer mientras la viola?

Silencio.

DIANA. Querías saber, ahora lo sabes...

PEDRO. ¿Esperas que te crea?

DIANA. No sé.

PEDRO. ¿No sabes? ¿Qué es lo que no sabes?

DIANA. Puede sonar extraño...

PEDRO. ¿Extraño? Me encierras en este salón para decirme que mi hijo te violó y dices que «puede sonar extraño», ¿y con todo eso esperas que te crea?

DIANA. Fue así.

PEDRO. ¿Y qué es lo que quieres? ¿Plata? ¿Por eso me encerraste acá? ¿Me quieres chantajear?

DIANA. Justicia.

PEDRO. No has pensado bien... no sabes qué hacer y no sabes por qué lo haces.

DIANA. Son las mismas preguntas... ¿por qué lo haría, y con qué fin?

PEDRO. Olvídate de mi hijo... y pon tu atención en mí, esta supuesta confesión solo te perjudica a ti. ¿Por qué dirías semejante mentira? Por una mentira no voy a dejar que arruines la vida de mi hijo.

DIANA. Ya lo hizo.

PEDRO. No voy a permitirlo.

DIANA. ¿Qué cosa?

PEDRO. Esto es solo por dinero... Tú no estás sola en esto, es extorsión...

DIANA. Esto no tiene nada que ver con dinero.

PEDRO. Siempre tiene que ver con dinero.

DIANA. Para ti, pero no para mí.

PEDRO. Mi mundo y el tuyo son el mismo, profesora.

DIANA. ¡A mí me han quitado algo más importante!

PEDRO. ¡Eso es lo que crees! Eso es lo que quieres hacerme creer y eso es lo que voy a evitar que quieras hacerle creer a los demás.

DIANA. ¡Yo no estoy mintiendo! ¡Sucedió! Y hay pruebas.

PEDRO. ¿Pruebas? Si tuvieses pruebas no hubieses esperado tres meses para armar este teatro, ¡tres meses! ¿Te das cuenta de eso?

DIANA. Yo lo intenté...

PEDRO. ¿Intentar qué?

DIANA. Que el tiempo...

PEDRO. Eres una mujer estúpida... increíblemente estúpida...

DIANA. ¿Por defender lo que creo?

PEDRO. Nada tiene sentido, eres una loca, vienes a hablar de una presunta violación tres meses después de supuestamente haber sucedido y no esperas nada... Incluso si fuese verdad, esto no va a ninguna parte, tu vida está arruinada intentado arruinar la vida de los demás.

DIANA. Todo son escombros.

PEDRO. No.

DIANA. Claro, porque ustedes también están en mi situación.

PEDRO. ¿Y qué situación es esa?

DIANA. La realidad. Te la he contado y por más que creas que es un invento... ¿qué va a hacer con eso?

PEDRO. Nada, porque esto que ha pasado aquí simplemente nunca ha sucedido. En cualquier momento alguien abrirá esa puerta, yo saldré de aquí, buscaré a mi hijo, me lo llevaré y luego me encargaré de ti, porque hay consecuencias. No puedes esperar que esto no tenga consecuencias, porque las habrá.

DIANA. Y eso es exactamente en lo que Santiago no pensó, en las consecuencias.

PEDRO. No existen consecuencias para algo que no pasó.

Silencio. Ambos se miran a la distancia.

PEDRO. ¡Lo incitaste!

DIANA. ¿Qué?

PEDRO. Lo dijiste, lo mirabas, siempre lo mirabas. Un adolescente se confunde con cualquier cosa, no parabas de mirarlo, lo has repetido mil veces. Si alguien ha tenido una obsesión aquí durante dos años has sido tú con mi hijo, ¿te das cuenta? ¿Acaso has pensado en eso?

DIANA. Eso no es verdad, ¿por qué dices eso?

PEDRO. Es lo que he estado preguntándote... y son puras mentiras.

DIANA. No has estado dispuesto a escuchar y ahora... ahora simplemente dejas escapar el monstruo que realmente eres al intentar cambiarlo todo.

PEDRO. ¿Crees que alguien realmente te creerá?

DIANA. Tengo pruebas.

PEDRO. ¿Sabes algo?... mejor no sigas hablando... no lo hagas... Lo único que puedes hacer en este momento es guardar silencio... es lo mejor que podrías hacer.

DIANA. ¿Y volver a estar muerta?

PEDRO. Si es como siempre te has sentido...

DIANA. No... Al contrario que tú, yo tuve una vida de la cual sentirme orgullosa y tu hijo me la arrebató.

PEDRO. Cállate.

DIANA. No.

PEDRO. No logras nada.

DIANA. Te equivocas.

PEDRO. Te veré con los ojos bien abiertos mientras caminas por el último pasillo que podrás recorrer en lo que te resta de vida.

DIANA. Si eso pasa, tu estarás a mi lado acompañándome.

PEDRO. No sabes lo que dices.

DIANA. Estoy segura de lo que digo.

PEDRO. No vas a salir de esta.

DIANA. No tengo miedo y eso es algo que tú sí tienes... Siento que me veo en un espejo, esa ansiedad, ese vacío en el estómago, es lo que dos estamos sintiendo.

Suena el teléfono. DIANA lo agarra.

DIANA. Es para ti.

PEDRO. Déjalo que suene.

DIANA. ¿No vas a contestar?

PEDRO. No hace falta, después que esto acabe tendré todo el tiempo del mundo para responder llamadas.

El teléfono continúa sonando un largo rato hasta que deja de hacerlo. PEDRO comienza a recorrer el salón.

PEDRO. Hace tiempo que no entraba a un salón de clases.

Había olvidado lo que se sentía, es atemorizante, te hace sentir pequeño. Siempre he pensado que se aprende poco en estos sitios, es absurdo, pero es así. ¿Por qué al salir de estos sitios, después de mantener el culo escuchando sobre la grandeza de otros, se siente una sensación de libertad? (*Piensa.*) «La libertad del pensamiento aprisiona», ¿no te parece? Hablar a veces se convierte en un juego sin fin, ponerse de acuerdo siempre es una tarea imposible. En un salón de clases como este, escuché decirle a un profesor: «Las ideas se apiñan tanto que ni siquiera el silencio se filtra al exterior». Él citaba a otro, no sé quién lo dijo, un polaco, un poeta, tú eres profesora de literatura, deberías saber quién es... ¿Entiendes? Tu justicia, Diana, nunca llegará, porque nadie la ha escuchado...

DIANA. Tú lo has hecho.

PEDRO. (*Se sienta en el pupitre de Santiago. Breve pausa.*) Pero puedo decidir olvidar... ¿Sabes por qué? Porque no me importa... porque de ser cierto lo que dices, a mí no me importa. A nadie le importará. Dices que han pasado tres meses... ¿te das cuenta? Y a nadie le han importado tus palabras, han rebotado en estas paredes. ¿Crees que eres la única? Acostúmbrate. Hay otras ahí afuera creyendo que el sufrimiento es algo individual. Crees conocer a la gente, crees saber mirarlas, leerlas. Todos sufren y a nadie le importa, ¿por qué contigo debería ser distinto?

DIANA. Eres tan arrogante que piensas que esto se trata solo de mí.

PEDRO. ¿Piensas que esto me puede afectar?

DIANA. Ya lo ha hecho... lo sé.

PEDRO. Eres una romántica, una idealista... quizá la única que queda.

DIANA. Puede ser.

PEDRO. Puede ser... pero nadie puede cambiar el mundo, y menos tú.

DIANA. Yo no quiero eso.

PEDRO. No. No quieres.

DIANA. Quiero verte sufrir de la misma forma como tu hijo me hizo sufrir a mí...

PEDRO. Pues no será en esta vida.

DIANA. Quizás.

Comienza a llover.

PEDRO. ¿Por qué esperaste tanto tiempo?

DIANA. ¿Por qué no?

PEDRO. Yo sé por qué.

DIANA. ¿Por qué?

PEDRO. Nadie te ha creído.

DIANA. ¿Eso crees?

PEDRO. Lo sé.

DIANA. ¿Cómo?

PEDRO. Sigues aquí a pesar de lo que pasó. Viendo semana tras semana a la persona que supuestamente te hizo daño, conformándote con un psicólogo barato que te dice: «tienes que enfrentarlo». Y eso es lo que has hecho, después de pensarlo, creyendo que en cualquier momento puede volver a pasar. Pero no ha ocurrido. Hay gente que hace las cosas porque puede y simplemente esperan el momento indicado o se aburren y no lo vuelven a hacer.

DIANA. ¿Puedes dormir sabiendo eso?

PEDRO. Puedo vivir a expensas de eso.

DIANA. Ya veo.

Vuelve a sonar el teléfono de PEDRO. Juego de miradas.

PEDRO. Déjalo sonar. (*Breve pausa.*) ¿De qué pruebas hablas?

DIANA. ¿Por qué te interesa ahora?

PEDRO. Las pruebas por violación dejan de ser legales transcurridos pocos días... ciento veinte horas... Pasado ese tiempo, ya nada puede ser puesto sobre la mesa... ¿Lo sabes, verdad? ¿O lo estas descubriendo hoy?

DIANA. La mía es una prueba que dura mucho más.

PEDRO. No intentes burlarte.

DIANA. No lo hago.

PEDRO. ¿Entonces?

DIANA. ¿De verdad te interesa saberlo?

PEDRO. Mera curiosidad.

DIANA. Ya.

PEDRO. ¿Cuánto falta para que abran esa puerta?

DIANA. No lo sé.

PEDRO *mira su reloj.*

PEDRO. Dijiste una hora, acabaremos con esto en quince minutos.

DIANA. Más o menos.

PEDRO. ¿Cómo es posible que nadie más lo sepa?

DIANA. Acabas de decir que mi psicólogo barato está al tanto.

PEDRO. ¿Y me equivoco?

DIANA. Tal vez.

PEDRO. Parecías una mujer decidida... perdiste ese encanto.

DIANA. Todavía queda tiempo.

PEDRO. ¿Quince minutos son suficientes?

DIANA. Lo necesario.

PEDRO. Lo bueno es que ya no hablas tanto.

DIANA. Ahora todo es más sencillo.

PEDRO. Contigo todo es complicado.

DIANA. Somos distintos.

PEDRO. Antes decías que no.

DIANA. Eres un burlón... eso es lo que eres... Santiago es igual a ti.

PEDRO. No, si alguien se ha burlado esa has sido tú, de mí.

DIANA. Todo lo entiendes mal.

PEDRO. No veo cómo.

DIANA. Si un hombre recibiera un disparo en la cabeza frente a ti, dirías que estuvo en el lugar equivocado y en el momento menos indicado. No veo cómo la justicia puede funcionar de esa manera.

PEDRO. Es un tema de perspectiva.

DIANA. ¿No hay nada al azar?

PEDRO. Todo es azar. Encerrarme en este salón, ¿de verdad crees que te puso en una situación privilegiada?, ¿ah? Tal parece que los salones de clases, hoy día, ya no son muy seguros. Debes creer que soy un monstruo.

DIANA. Eso es un decir.

PEDRO. Pero la verdad es que he entendido que todo se basa en la practicidad, la practicidad de las cosas.

DIANA. ¿Existe eso?

PEDRO. Se aprende.

DIANA. ¿Cómo?

PEDRO. Cuando nada tiene importancia.

DIANA. Es por eso que no te importa que tu mujer te abandone y que tu hijo sea un violador.

PEDRO. No me vas a herir, porque nada de lo que dices es cierto.

DIANA. Definitivamente, quien necesita un psicólogo eres tú.

PEDRO. No, yo aún veo las cosas con sentido. La gente tiene historia, mi mujer se cansó de mí porque me importaba más mi trabajo que ella y mi hijo simplemente está pasando por una etapa. Cuando termine esto del divorcio todo habrá pasado y él volverá a la normalidad.

DIANA. ¿Eso es lo que crees?

PEDRO. Lo sé.

DIANA. Me encanta la seguridad con la que dices las cosas.

PEDRO. Se aprende.

DIANA. No hay forma de aprender eso. Siempre se puede estar inseguro de algo, es natural que sea así.

PEDRO. Para mí no.

DIANA. Es triste.

PEDRO. ¿Ahora te compadeces de mí?

DIANA. Es una tontería, pero sí.

PEDRO. No pienses que nos vamos a hacer amigos.

DIANA. Te burlas.

PEDRO. Mi vida está bien, siempre lo ha estado.

DIANA. Si eso es lo que quieres creer...

PEDRO. No es lo que yo crea, es cómo son las cosas.

DIANA. Prácticas. Así lo has dicho.

PEDRO. Así mismo.

DIANA. Cuando esa puerta se abra y salgamos de aquí, las cosas no serán tan sencillas. ¿No te molesta perder tiempo en una desconocida?, ¿en una mentirosa?

PEDRO. Mi trabajo se basa en perder el tiempo con ese tipo de gente.

DIANA. ¿Y no ganas nada?

PEDRO. Dinero.

DIANA. ¿No hay más? ¿En eso se resume tu vida?

PEDRO. ¿Y en qué crees que debería basarse la vida?

DIANA. Uno debe tener pasión por lo que hace.

PEDRO. Se tiene pasión cuando se es joven.

DIANA. ¿Y no te molesta que esa pasión no exista en Santiago?

PEDRO. Me parece que Santiago se apasiona por otras cosas, según tú.

DIANA. ¿Y eso te causa gracia?

PEDRO. No.

DIANA. Pareciera.

PEDRO. Todo lo ves mal.

DIANA. Tengo una idea sobre las pasiones.

PEDRO. ¿Será otra de tus lecciones?

DIANA. Posiblemente.

PEDRO. Ya.

DIANA. Toda pasión es violenta.

PEDRO. Crecer es algo apasionante.

DIANA. Cierto. No nos preparan para eso.

PEDRO. Según tú, ese es tu trabajo. ¿Deberían?

DIANA. No. Lo natural es que lo descubramos, entonces comprendemos qué debemos hacer con eso.

PEDRO. Estamos de acuerdo.

DIANA. Lo violento no es algo que se pueda erradicar.

PEDRO. ¿No?

DIANA. Se puede canalizar.

PEDRO. Entiendo.

DIANA. Si no te importa tu vida, ¿cómo podría importarte la de los demás? Santiago aprendió eso de ti.

PEDRO. Y por eso yo también soy culpable.

DIANA. Exacto.

PEDRO. ¿Y crees que importándome lo que te pase a ti, lograré reconciliarme con el mundo?

DIANA. No, ya no.

PEDRO. ¿Ya no?

DIANA. ¿Qué sentido tendría?

PEDRO. No sé, tú lo dijiste; deberías tener esa respuesta.

DIANA. Tengo una respuesta práctica.

PEDRO. ¿Y qué será?

DIANA. Que en algún momento, tú serás ese hombre que ha recibido un tiro en la cabeza porque lo merecía, que en algún momento tú estarás en mi lugar y lo mejor es que sabrás por qué.

PEDRO. ¿Por qué?

DIANA. Porque un día alguien vendrá a enseñarte que la justicia es distinta a la que estás acostumbrado.

PEDRO. ¿La justicia de Dios?

DIANA. Gritarás y nadie te escuchará, porque nadie te creerá, porque tu historia se apiñará sobre ti. Cuando ya no sepas qué hacer contigo mismo, los demás se alimentarán de eso que niegas ser.

PEDRO. ¿Cuáles son las pruebas qué tienes?

DIANA. ¿Cambiará en algo lo que crees de mí?

PEDRO. Tal vez.

DIANA. ¿De verdad lo crees?

PEDRO. No lo sé.

DIANA. ¿Y qué es lo que sabes?

PEDRO. ¿Cuáles son las pruebas?

DIANA. ¿Me crees?

PEDRO. Nunca.

DIANA. Lo harás.

PEDRO. No es lo que yo crea, es cómo son las cosas.

DIANA. Una forma incapaz de cambiar.

PEDRO. Ya basta con toda esa mierda. ¿Cuáles son las pruebas?

DIANA. ¿Tienes miedo?

PEDRO. Cállate.

DIANA. Lo tienes.

PEDRO. Cállate.

DIANA. Así me sentía yo, así me siento y así me sentiré el resto de mi vida. Y tú me hiciste esto.

PEDRO. Yo no te he hecho nada.

DIANA. Tu indiferencia...

PEDRO *comienza a darle patadas a la puerta.*

PEDRO. ¡Abran! ¡Abran esta maldita puerta! ¡Ayuda! ¡ABRAN!

Alguien vendrá... y cuando eso ocurra... vas a tener algo real para contar.

DIANA. ¿Y esta historia? ¿Qué vas a hacer con ella cuando se abra esa puerta? Porque yo soy fruto del azar y estoy aquí para cobrar todo lo que eres: práctico, indiferente, ausente...

PEDRO. ¡Cállate!

PEDRO *se abalanza sobre DIANA, caen al piso, ambos forcejean.*

DIANA. (*En medio del forcejeo.*) Estoy embarazada.

PEDRO *se detiene, se aleja de DIANA arrastrándose por el piso.*

PEDRO. Es mentira. Nada de esto es verdad, es mentira.

¿Por qué le haces esto a mi familia?

DIANA. Tú no tienes una familia.

PEDRO. No es verdad. Nada de lo que dices es verdad.

DIANA. Voy a tenerlo.

PEDRO. ¿Qué?

DIANA. Voy a tenerlo.

PEDRO. ¿Cuánto dinero quieres?

DIANA. No se trata de dinero.

PEDRO. ¡Siempre se trata de dinero!

DIANA. En tu mundo.

PEDRO. ¿Cuánto quieres?

DIANA. En tu mundo todo es sencillo, en tu mundo todo es practicidad. Mírame, porque ahora yo soy parte de esa historia y el dinero no va a cambiar lo que el tiempo sí podrá.

PEDRO. ¿Qué?

DIANA. Tú y yo somos animales, pero podemos cambiar, nos educan para que seamos mejores o... peores... formas capaces de transformarnos... Tú transformaste la mirada de Santiago y el tiempo se hizo cargo de hacernos comprender que eso no fue fruto del azar.

PEDRO. Estás loca.

DIANA. Hasta el día que deje de respirar, podrás ver lo que ayudaste a crear.

PEDRO. ¿Esa es tu venganza?

DIANA. El tiempo, sí, el tiempo será el que te destruya.

PEDRO. No volverás a vernos... no sabrás nada de nosotros...

DIANA. Tiempo.

PEDRO. Estás loca.

Silencio. Se abre la puerta del salón.

MANTENIMIENTO (*Voz en off.*). ¡Ah! Disculpe, profesora, ¿todo bien?

DIANA. Sí. Todo bien.

MANTENIMIENTO (*Voz en off.*). Se escucharon unos gritos.

DIANA. Eran unos alumnos jugando

MANTENIMIENTO (*Voz en off.*). ¿Cierro?

DIANA. No, deje la puerta abierta.

Se escucha con fuerza el sonido de la lluvia.

DIANA *se queda parada viendo a PEDRO. Suena el celular.*

DIANA *lo deja sobre uno de los pupitres. PEDRO atiende.*

PEDRO. ¿Sí?... No... la reunión ha terminado, pero dile que no me espere... No, me siento un poco mal... Sí, un dolor de cabeza... Dile que yo lo llamo... Sí... No sé... dile que no sé... Mañana, pasado, en una semana, ahora no sé nada... No iré a la oficina... No, yo te llamo... Sí... No sé, debió haber sido algo que comí... Tengo que colgar. (*Cuelga.*)

PEDRO mira hacia la ventana.

PEDRO. Nunca me han gustados los días lluviosos. ¿Y a ti?

DIANA. Me dan igual

PEDRO camina hasta la puerta.

PEDRO. ¿Sabes que esto es apenas el principio?

DIANA. Para ti.

PEDRO. No vas a escapar.

DIANA. No pienso hacerlo...

PEDRO. Todavía puedes acabar con esto.

DIANA. ¿Cómo?

PEDRO. Lo sabes...

DIANA. ¿Eso es lo que quieres?

PEDRO. ¿Y tú qué quieres?

DIANA. ¿No lo sabes?

PEDRO. Justicia...

DIANA. Hoy lo aprendí de ti, que eso es solo una palabra.

Vuelve a sonar el teléfono.

PEDRO. (*Atendiendo.*) ¿Sí?... Ahora no... hablamos en la casa... Sí, estoy yendo para la casa... ¿Puedes pasar por ahí?... No, no es sobre los papeles... Sí, ya la reunión se terminó... Nada... ¿Santiago?, en clases, me lo llevo... Te cuento después, tengo que irme, nos vemos, sí... (*Cuelga. Mira la lluvia correr entre las ventanas.*) ¿No va a parar de llover?

PEDRO *sale*. DIANA *se queda sola, recorre el salón hasta sentarse en el pupitre de Santiago. Llueve.*

Blackout.

Las formas

se imprimió en el mes de junio de 2025
en la Imprenta Bicentenario de Carabobo.

Caracas, Distrito Capital, Venezuela.

Son 200 ejemplares.





«Diana.
Pensé que ya habíamos roto esa barrera. (Breve pausa.)
Muy unidas, sí...Buscamos la forma de ayudarnos...
¿Para qué está la familia?».»

LAS FORMAS DEL FUEGO

DRAMATURGIA

Estructurada a partir de una única escena, *Las formas* es una obra representativa de la alienación individual y colectiva de la sociedad actual. El padre y la maestra de un adolescente mantienen un diálogo lacerante que revela dos percepciones opuestas de los vínculos afectivos, la ética y el sentido de responsabilidad. La pieza explora con maestría temas como las relaciones fragmentadas entre padres e hijos, la depresión y la violencia contenida en los jóvenes contemporáneos.

DANIEL DANNERY FORERO (Caracas, 1984)

Cineasta, escritor, director de teatro, productor y actor. Es licenciado en Artes por la UCV. Su formación académica incluye la realización de los diplomados en Docencia (USB) y en Cuerpo Descifrado (ULA). Como artista ha recibido distintos reconocimientos, entre los que se destacan: Premio Fernando Gómez, Premio Isaac Chocrón, Premio Marco Antonio Ettegui y el Premio de la Asociación Venezolana de Crítica Teatral (Avencrit). En la actualidad es profesor en la Escuela de Artes de la UCV y becario en la Maestría de Teatro Latinoamericano en la misma casa de estudios.



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

